

palabras en constante vaivén, en ese ir y venir que es el ritmo del amor a la vez que ritmo versal y retórica poética. Todo se resume en el «viaje de mi vida», dice la voz poemática:

## I

El viaje de mi vida:  
suficientemente cerrado  
para sostenerme,  
suficientemente poroso  
para que penetres...

## II

Mi ropa dada vuelta,  
mostrando las costuras:  
pequeñas cicatrices de mi cuerpo.  
Trata de equilibrar un ángel  
entre tus largas piernas,  
así me tienes...  
y sostienes.  
[...] (60)<sup>8</sup>

El cuerpo, los cuerpos son, es uno, como la sangre y la palabra. Sangre y palabras corren por cada verso en pleno simbolismo trascendente, siendo verso, palabra y sangre un solo eco. El amor, la sangre, el poema fluyen y suenan, como esencia que son de la palabra, corriendo con fuerza, fecundando los cuerpos como savia imprescindible:

[...]  
Tengo memorias, de círculos  
sintiendo dentro mío  
la explosión luminosa de tu savia:  
tu volcán convergido entre mis labios.  
(28)

<sup>8</sup> Considero que esta composición es una de las más logradas del poemario, no sólo porque encarna la semántica misma del libro en su intencionalidad semántica profunda, sino también en la formal. En efecto, si dejamos de lado el ritmo sensual femenino y viril a la vez que ya hemos evocado, se observa que la disposición poliestrúfica, polimétrica y suelta de esta silva favorece el alcance de la metáfora viaje-vida, de funcionalidad, por así decirlo, codificada, pero que se halla reforzado por la hipálage que establece la relación figurada entre las cicatrices del cuerpo y los objetos-conceptos que constituyen las costuras de la ropa. Merecería este poema un análisis por separado y completo.

Amor, como el fluir de un objeto-concepto que, en una dinámica en la que la voz poemática ejerce su fuerza activa en el cuerpo amado, es totalmente ajena a esa pasividad femenina vegetal como en las figuras evanescentes, trágicas, fatales o víctimas finiseculares. Amor que fluye como agua pujante, simbólica y trascendente. Dinámica que devuelve a su vez al amor en todas sus formas misteriosas.

[...]  
 Creando  
 el día primero,  
 escribo con mi lengua  
 el poema de mi cuerpo,  
 aquel que brota luz  
 y se rompe en estrellas,  
 cuando tomo la pluma,  
 cuando tuerzo las piernas.  
 (34)

Sí, en este poemario, la voz poemática es aliento poético, amor apremiante, y es agua que se enrolla y desenrolla, invadiéndolo todo. Ambos, leves e irreprimibles, humectan los sentidos enamorados, para que el amante/amado y la amada/amante se entreguen mutuamente en el abrazo que crea la palabra de los cuerpos.

### **En los flujos de los deseos: presente, pasado, futuro**

Como se observará al terminar la lectura de las citas que siguen, la metáfora en cadena y en ausencia identifica polisémicamente la seda con el camino que se recorre, metáfora que es a su vez del abrazo que aprieta y el del flujo carnal que lo agita hasta el éxtasis. Estos tres momentos deletrean el andar, la unión y la fusión erótica:

Te ofrendo:  
 esta coordenada-cordillera,  
 esta seda larga desatada:  
 el hueco, el valle, el alargado abrazo.  
 [...]  
 (26)

porque:

Tu caricia es un lazo,  
 seda atada a mi piel,  
 terciopelo que se extiende  
 y se amarra entre mis piernas.  
 [...]
 Tu caricia desata  
 el alocado mar  
 de mis gemidos.  
 (42)

para:

Nuestros cuerpos mojados por el agua,  
 lamidos, enredados,  
 el mar cosquillea nuestro sexo,  
 un pie, la nuca...  
 El agua que espumosa  
 nos agarra, un brazo  
 como roce al descuido  
 y te atrapa,  
 me atrapa...  
 pero fluyo, te extiendes.  
 Nuestras alas se rozan,  
 nuestras piernas se anudan,  
 y el agua nos hamaca:  
 de dentro, afuera y dentro.  
 Nuestros cuerpos: el agua.  
 (14)

Y «El silencio olió a sándalo marino [...]»(24).

Todo se ve favorecido por el simbolismo del agua en su valor activo: las metáforas, las hipálages, el transpaso sugerente, la paronomasia metafórica. Y prefiero decir simbolismo, poniendo de relieve el rito místico que reúne Eros y Poesía, ya que, de lo contrario, la relación agua-líbido es tan obvia, que el análisis psicoanalítico se obvia a sí mismo. Y obviándose, deja libre la carga connotativa de esta *poiesis* erótica, que sublimándose, alcanza al lector en la epifanía esencial de los versos.

Según se sabe, el agua posee, como la mayoría de los símbolos, esa equivocidad esencial que ha evocado, por ejemplo (arbitraria y rápidamente elegido), Gaston Bachelard, en sus matices más sutiles, entre los que habrase

de recordar el de un agua dueña de la palabra. Vital, regeneradora, purificadora como las aguas del océano y de la fuente que surge, vive y corre: «[...]me lamió la muerte / y la desangré con mi palabra / [...]» (70). También puede darse el simbolismo pasivo del lago de agua dulce en el que se espejean el cielo y la tierra, que el sol calienta y la luna enfría. Sin embargo, ya viril, ya femenina, Lourdes Espínola elige, indiscutiblemente, a la primera, cuya fertilidad está hecha de poderío y de pujante aliento vertical: «[...]Busquemos simplemente / el ritual perfecto / de la danza / que hace llover el cielo / [...]» (54).

Ninguna alusión a las violencias de las aguas del Diluvio que se ligan a la destrucción, a la amargura. Sí a la sangre y a la savia, dos formas de lo líquido que se hallan ligadas a la purificación, a la esencia vital, al aliento creador, a la sabiduría que se descubre: «[...]Tengo memorias, de círculos / sintiendo dentro mío / la explosión de tu savia: / tu volcán convergido entre mis labios» (28).

La finalidad es expresar la fuerza que emerge de «[...]Una acuosa lengua / que explora y se deshoja, / se esconde y se desata / y que habla violenta en el silencio. / [...]»(10)».Es más: «[...]Mi único deseo: ser dueña de mi lengua, morder el jugo oscuro de la palabra atada / [...]» (94). Porque la voz poética se reserva para sí el «Destino de poesía»:

No podré desentrañar el mundo,  
 desnudar el secreto de sus voces,  
 pero lo haré feliz.  
 Haré bailar estrellas con mi pluma,  
 temblarán unas venas  
 con mi verbo...  
 La punta del poema  
 cosquilleará un borde desconocido,  
 lejano, tal vez solo.  
 Y empezarán a sacudirse  
 su savia y mis palabras.  
 Y eso, también es un misterio.  
 «Destino de poesía»  
 (92)